

Hegemonía estadounidense, hegemonía militar: desde el presidente Bush hasta el presidente Obama

James M. Cypher

Resumen

Este artículo busca revelar la lógica estructural detrás de los desembolsos masivos en sistemas militares y centros de comando que Estados Unidos ha posicionado alrededor de casi todo el globo. Para afirmar el rol vital que el poder militar implica, no hay que poner en duda el papel estratégico de la diplomacia o “poder suave”, ni menospreciar el significado vital de crear políticas económicas internacionales. Por el contrario, el propósito es reconceptualizar el papel del poder militar, colocándolo al menos en un nivel equivalente al de las otras dos formas de poder internacional comúnmente reconocidas y estudiadas: diplomacia y economía.

Palabras clave: poder militar, política geopolítica, diplomacia

Abstract

This article aims to reveal the structural logic behind the massive expenses on military systems and command centers that the USA has established around the world. In order to acknowledge the vital role that the military power plays, we should not doubt the strategic role of diplomacy or “soft power”. Neither, we should dismiss the vital meaning of creating international economic policies. On the contrary, our purpose is to re-conceptualize the role of military power, putting it at the same level of other forms of well accepted and studied sources of international power: diplomacy and economy.

Key words: military power, geo-political policy, diplomacy



IZTAPALAPA

Agua sobre lajas

* Profesor-investigador en Economía, Unidad Académica en Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas; y profesor emérito, Universidad Estatal de California
jamesc@csufresno.edu
james_cypher@csufresno.edu

Quiero agradecer al doctor Antonio Ávalos por su consejo en cuanto al modelo de insumo/producto de Implan.

FECHA DE RECEPCIÓN 15/01/10, FECHA DE ACEPTACIÓN 26/04/10

IZTAPALAPA REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

NÚM. 70 • AÑO 32 • ENERO-JUNIO DE 2011 • PP. 21-38

El contexto de la producción armamentista y el poder militar

Este artículo parte de la premisa de que hay tres formas de poder de Estado en asuntos internacionales: poder económico, poder diplomático/ideológico y poder militar. Un supuesto inicial aquí adoptado es que estas tres formas de poder son desplegadas constantemente por los Estados poderosos, y que por lo general son interdependientes y están interrelacionadas. En determinados momentos Estados concretos mezclan como pueden estos tres componentes del poder nacional para maximizar su efectividad en un ambiente en el que otros Estados rivales hacen lo mismo hasta el grado en que son capaces. Por lo tanto, otra premisa inicial es que, comúnmente, los desembolsos militares no son considerados una expresión de la “carga” de la defensa –o una especie de receptáculo “pasivo” en el cual las naciones deben relegar una porción problemática de la riqueza de su sociedad, humana y material–. Más bien, al menos para el poder hegemónico, los gastos militares son una categoría “activa”, un medio necesario para acumular mayor poder internacional, o, bajo algunas circunstancias, simplemente mantener dicho poder. Antes que ser una “carga”, el poder militar es un “activo” vital. No hay que decir que, desde el pasado, los poderes hegemónicos nunca han sido “extralimitados”, tampoco está a discusión que siempre y en todos lados el uso real del poder militar puede ser dirigido con precisión hacia un crecimiento nacional. El poder militar es en general un instrumento preciso *en la medida en que se use con moderación* mediante la “exposición de fuerza”, o de manera implícita. Las luchas armadas abren la puerta a las llamadas *nieblas de guerra* –una situación en la que grandes poderes son conocidos por equivocarse–. El uso de la fuerza también abre una gran posibilidad de repercusiones no esperadas ni deseadas.

Hay dos áreas de enfoque principales en este artículo: el contexto nacional y el internacional. Primero, se sostiene que la nueva política económica internacionalizada tomó forma en 1980 y que el papel del Estado no ha sido disminuido,

pero sí estructuralmente alterado. Para el Estado estadounidense, un nuevo juego de límites y restricciones globales ha requerido otras formas de acción y reacción. A este respecto, el asunto de la competitividad se ha situado en primer plano. El poder militar, en una dimensión doméstica, juega un papel fundamental en la reproducción de la capacidad competitiva; principalmente a través de la vinculación de nuevos sistemas de armas que crean las posibilidades de transferir tecnologías y artefactos a la economía civil, lo cual permite a las corporaciones estadounidenses (por medio de patentes y conocimiento adquirido) mantener una ventaja en términos de nuevos productos y procesos de producción. En algunos casos, la conexión entre gastos militares y competitividad nacional es bastante directa, como en la venta de armas excedentes, tanto nuevas como anacrónicas, que refuerzan el balance del pago y reducen de manera sustancial el déficit operacional a niveles que, de otra forma, podrían crecer. Otra conexión, rara vez notada, es que los gastos militares tienden a fortalecer el crecimiento económico de Estados Unidos de América (EUA) cuando se aplican como compensación contracíclica, y desaceleran o incluso hacen reversible la recesión. Esto sirve para mantener el vasto mercado estadounidense abierto a las naciones exportadoras extranjeras, lo cual facilita que el Estado ejerza presión sobre muchas naciones y que pueda conseguir la reciprocidad o, lo más probable, una ventaja asimétrica en muchas áreas de las relaciones internacionales. Aquí la causalidad va desde las implicaciones e impactos nacionales de los gastos militares hasta las ventajas internacionales que éstos le dan al Estado.

La segunda área de enfoque, la internacional, se relaciona con la utilización del poder del Estado mediante el ejercicio de la política militar. Numerosas políticas se han ejercido para una gran variedad de propósitos. Por ejemplo, mantener la marina más grande del mundo para dominar las vías marítimas y los “puntos de estrangulamiento” clave para el comercio internacional le otorga a EUA un cociente de poder tutelar. Naciones menos poderosas tienen una cierta obligación de actuar de forma servil en muchas áreas que son difíciles de revelar –puesto que ninguna nación soberana admitirá libremente las formas de homenaje o las posiciones suplicantes que se ve forzada a adoptar–. El mismo análisis puede aplicarse a otras áreas, como la que procura garantizar el control de la materia prima más vital del mundo: el petróleo. Mantener las vías marítimas y gastar grandes porciones del presupuesto para controlar el flujo global de petróleo pueden ser un medio de apalancamiento para mantener el poder de EUA respecto a otro elemento del poder hegemónico: el *señoreaje* –o el mantenimiento del dólar como la moneda clave mundial–. El posicionamiento de las bases militares es otra gran estrategia utilizada para mantener, reproducir o expandir

el protectorado (*suzerainty*) del poder. Las naciones anfitrionas con frecuencia pueden disminuir sus gastos militares y asegurar la estabilidad ante las fuerzas hostiles, internas o externas. Los pagos por “derechos” para situar y mantener las bases militares pueden sostener oligarcas o Estados clientes, quienes, a cambio, están dispuestos a proveer acceso a importantes recursos, mercados, inteligencias, etcétera.

El objetivo de este artículo es revelar la lógica estructural detrás de los cuantiosos desembolsos en sistemas militares y centros de comando que EUA ha posicionado alrededor de casi todo el globo. Para afirmar la relevancia del poder militar, no hay que poner en duda el papel estratégico de la diplomacia o “poder suave”, ni tampoco menospreciar el significado vital de la creación de políticas económicas internacionales. Al contrario, el propósito es reconceptualizar el papel del poder militar y colocarlo al menos en un nivel equivalente al de las otras dos formas de poder internacional comúnmente reconocidas y estudiadas: diplomacia y economía.

La “lógica” contemporánea del sistema militar de EUA debe ser entendida en el contexto definitorio de sus peculiaridades estructurales económicas bajo la actual coyuntura (de 1970 en adelante), que es la *internacionalización del capital*. Estas características incluyen un Estado que combina dos papeles conductores centrales para la acumulación del capital: por un lado, el financiamiento de investigación científica a través de medios directos o indirectos (en particular de contratos militares), otorgando, de este modo, estímulos a la competitividad del capital industrial estadounidense; y, por otro, la utilización de un vasto poder de apalancamiento económico dentro de una variedad de instituciones nacionales y multilaterales, tales como los departamentos de Defensa y del Estado, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, en busca de una agresiva política de reestructuración neoliberal, sobre todo en las naciones periféricas.¹

Teoría de aplicación del poder de Estado

Actualmente hay un fuerte debate sobre la aplicación del poder militar estadounidense originado durante el fin de la Guerra Fría, cuando el punto de vista convencional que apoyaba una reducción masiva de capacidades militares fue cuestionado por una emergente derecha neoconservadora que ha ido ganando fuerza y legitimidad. Para poder analizar la realineación de esta política, comentada en el

¹ Para intentar capturar la dinámica de la era actual véase McDonough *et al.* (2006).

siguiente apartado, son necesarias algunas observaciones contextuales respecto a la naturaleza estructural del “Estado de seguridad nacional” de EUA (o “Triángulo de Hierro”). El Triángulo de Hierro forma la estructura de la toma de decisiones militares e incluye a los grupos de interés más grandes. En un lado del triángulo están las agencias “civiles” que delinean la política militar de EUA: la Oficina del Presidente, el Consejo de Seguridad Nacional, los Comités de Servicios Armados, los Comités Selectos de Inteligencia del Senado y la Cámara de Representantes, y las agencias de inteligencia civil, como la Agencia Central de Inteligencia y la Agencia de Seguridad Nacional. En el segundo lado, las instituciones militares: la Junta de Jefes del Estado Mayor, la cúpula de la fuerza aérea, el ejército, la infantería y la marina, los comandos regionales “procónsul” (los poderosos *commanders-in-chief* –CINC–) y, en un papel de respaldo, las organizaciones de veteranos, como la Legión Americana y los Veteranos de Guerras Extranjeras. En la base del triángulo se encuentran 47 contratistas principales y más de 100 mil subcontratistas de firmas privadas que se benefician de manera directa del sistema de contratos militares. Estas empresas ejercen dominio sobre millones de trabajadores en las fábricas contratistas militares (como Boeing, Lockheed Martin, Northrop Grumman, General Dynamics y Raytheon, cuyo valor colectivo por contratos militares fue 40.3 mil millones de dólares en 2009), y con sus empleados luchan constantemente por presupuestos militares cada vez más altos (Turse, 2008: 3).

Las firmas de *Fortune 500* que celebraron contratos con el Pentágono han visto aumentar sus ventas por una década y han llevado sus utilidades a niveles récord. Aun así, pocas corporaciones del nivel de *Fortune 500* contrataron financiamiento para la principal fábrica de ideas (*think tank*) de los neoconservadores, como el American Enterprise Institute, Heritage Foundation y Cato Institute. No se tienen documentos que demuestren una conexión simple y clara entre las metas de las políticas neoconservadoras y aquellas de las transnacionales de petróleo o corporaciones contratistas militares con base en EUA. Así, la recién emergida política neoconservadora no es un *instrumento* de las corporaciones industriales/militares, corporaciones de petróleo o de finanzas y manufactura de capital en general.

Al ver la relación estructural entre las firmas contratistas militares, el Pentágono y los centros civiles de poder político nacional, es útil recordar el contexto de la teoría de autonomía relativa del Estado (Cypher, 1992). Esta *autonomía relativa* (de los intereses de los cabildos y los intereses creados de las más grandes entidades de capital, así como otros intereses de pequeñas y medianas empresas, grupos ideológicos, grupos de apoyo civil y de los sindicatos organizados) ha

permitido el ascenso limitado del “Estado dentro del Estado”. Éste es el Estado de seguridad nacional compuesto por “intelectuales de la defensa”, las *think tanks* de la política estratégica (como la corporación RAND), la vasta red de academias militares, programas universitarios y de posgrado, el Consejo de Seguridad Nacional, la Junta de Jefes del Estado Mayor, los comandos militares globales, las redes de inteligencia (16 entidades), el Departamento de Estado y los especialistas clave de seguridad en el Congreso y algunas universidades nacionales. Aun así, este “Estado dentro del Estado” debe contender con una condición *relativa* (más que absoluta), está *estructuralmente incrustado* dentro de una compleja red institucional –ante todo nacional, pero también internacional– y tiene que enfrentar ciertos límites en cuanto a los recursos disponibles.

Impulsados por la corriente creada por el 9/11, los neoconservadores fueron capaces de dominar el Estado de seguridad nacional e inaugurar su opción de guerra en Irak. Desde entonces, sin embargo, han perdido terreno de manera constante. Esta tendencia está mejor expresada por el hecho de que las guerras en Afganistán y en Irak se han convertido en lodazales, resultado de un incesante proceso de distanciamiento de varios elementos de la élite de poder, la tecnoestructura y el “público informado”, de la doctrina neoconservadora del uso de la fuerza como opción de primer orden en la gran estrategia. A mediados de 2008, la situación se aproximó a un “Estado bonapartista”, sin una facción (entre los “realistas”, liberales y neoconservadores, todos examinados más adelante) capaz de dominar claramente. Al ganar terreno en los últimos 18 meses del segundo término del presidente Bush II, los realistas consolidaron su dominio con la elección de Obama a fines de 2008.

La situación actual del poder militar de EUA: perspectivas realistas, liberales y neoconservadoras

Aunque desde finales de la Segunda Guerra Mundial el poder militar de EUA no ha tenido paralelo, la turbulencia y reestructuración económica que empezó en la década de los setenta coincidió con su reconfiguración, proceso que ha continuado en la primera década del siglo XXI. Los políticos de la derecha que dieron poder a la campaña de Reagan para la Presidencia, a finales de los años setenta, utilizaron imágenes espantosas y engañosas para crear en el electorado la percepción generalizada de que la Unión Soviética iba al frente en la carrera armamentista (Cypher, 1981). Al final de esta década, el régimen “centrista” del presidente Carter guió y manipuló con éxito los eventos en Asia Central, con el fin de enredar a la Unión Soviética en su propio Vietnam: Afganistán. Un resultado crucial en este

periodo de tensión fue la “Doctrina Carter”, que esencialmente extendía la Doctrina Monroe del hemisferio occidental hasta el Medio Oriente. EUA declaró que sería el árbitro y garante militar de los flujos de petróleo en esa región (razón medular de la invasión, ocupación y control de Irak entre 2003 y 2011). Se pensaba que las Fuerzas de Despliegue Rápido, en vez de un anillo masivo de bases estadounidenses, eran la innovación tecnológica que aseguraría una nueva era de control durante la *Segunda Guerra Fría* (Halliday, 1983).

EUA parecía estar doblemente bendecido a principios de los noventa; Japón había dejado de ser una amenaza y la Unión Soviética se había desintegrado. La hegemonía estadounidense en la economía global, resultado de la Segunda Guerra Mundial, parecía estar entrando a una nueva etapa de consolidación y vigor. Con la elección de Clinton como presidente, en 1992, era palpable la impresión de que estaban atravesando un umbral hacia una nueva era coronada con capacidades de “superpoder”, no limitada estrictamente al mundo de los asuntos estratégicos/militares, sino que se extendía a un dominio económico e ideológico incuestionable. No obstante, una nota amarga se escuchó en medio de la celebración triunfalista de los años noventa: el surgimiento de fuerzas conservadoras extremistas fijaron el curso para nuevas políticas de seguridad nacional y proyección de poder. En medio de los vestigios triunfalistas de esta década, las fuerzas de la extrema derecha que habían marchado con Goldwater y después con Reagan emprendieron la metamorfosis que las convirtió en fuerzas neoconservadoras que desbaratarían el *momentum* político de Clinton en la elección del Congreso, de 1994. El Senado de EUA y la Cámara de Representantes giraron hacia la extrema derecha. Esta nueva constelación de la derecha (particularmente en la Cámara) dio una cara pública a un grupo innovador, pronto conocido como los “neoconservadores”, que consolidó una facción derechista de “nacionalistas conservadores” y neoconservadores, que no era meramente una cultura anclada en el pasado (Hurst, 2005; Rothburn, 2008). Lo componían líderes políticos e ideológicos extremadamente sectarios, pero también incluía figuras políticas muy poderosas que lograron prominencia dentro de los confines del viejo bipartidismo (realista) de la élite de la Guerra Fría, y que han participado desde finales de los años setenta. Para este grupo, el “Dividendo de la Paz”, es decir, la idea de que EUA debía sistemáticamente recortar su poderío militar, incrementar su gasto social en muchas prioridades públicas y ajustarse a un mundo que repartiera el poder multipolar cuando terminara la Guerra Fría, era inadmisibles. Mientras tanto, los asesores estratégicos y económicos de Clinton (realistas que pusieron mucho énfasis en lo económico en lugar de en lo estratégico) estaban prendados de una visión neoclásica/neoliberal de la armonía global y el orden, basada en

un concepto nunca definido, pero comúnmente llamado *globalización* (Cypher, 2002). La administración de Clinton buscó, por un lado, la consolidación de los crecientes niveles internacionales de comercio, y, por otro, los flujos de inversión y financieros que (según su punto de vista) pudiesen constituir un nuevo *régimen de acumulación* –o una nueva *estructura social de acumulación*– que terminara la turbulencia económica del periodo 1973-1992.

Al final de la Guerra Fría era posible identificar cuatro posturas respecto de la política internacional; algunas facciones ponían mayor énfasis en los puntos estratégicos y otras se concentraban ampliamente en las fuerzas políticas internacionales. Primero estaban los “internacionalistas liberales”, que centraron su análisis en la “globalización”, y defendieron una ofensiva con todos los recursos para abrir los mercados internacionales al capital industrial y financiero bajo la bandera del “libre comercio”. Enseguida estaban los realistas de la tradición de Acheson y Kissinger, para los cuales una “nación gran poder” no tiene amigos ni enemigos permanentes, sino sólo “intereses”. Este grupo mantuvo su postura pero perdió su fuerza en favor de los internacionalistas liberales, en particular durante la administración de Clinton. Después hay que destacar a los neoconservadores, quienes reaccionaron en contra de la postura de los internacionalistas liberales y su deseo de reducir sistemáticamente los gastos militares. Para ellos, el fin de la Segunda Guerra Fría era el “momento unilateral” que no debía desperdiciarse por un enfoque poco serio respecto de la estrategia global militar. Imponiendo etiquetas como la de “alisticamiento” a sus oponentes, los neoconservadores argumentaban falsamente que el área militar estaba sufriendo una crisis de fondeo, que dejaba a EUA con una defensa debilitada, a pesar de que las amenazas externas crecían. Por último, podemos señalar a los nacionalistas conservadores, antiguos realistas que habían sido atraídos a la derecha por el impulso neoconservador.

El surgimiento de la administración de Bush en 2001 llevó a los conservadores nacionalistas al poder, y después del 9/11 se abrió la puerta a la captura temporal de la política estratégica estadounidense por parte de los intelectuales neoconservadores de la defensa y sus aliados. Las facciones derechistas estaban muy alarmadas con la atención relajada de Clinton en el Pentágono. El momento “unipolar”, afirmaron los neoconservadores, se estaba desperdiciando. En 1998, el gobierno de Clinton –que estaba recibiendo críticas por su supuestamente relajada postura militar– dio un giro en la política militar. En 1999 se inició un crecimiento militar sin precedentes en la historia posterior a la Segunda Guerra Mundial. Este crecimiento, ahora más largo que ningún otro desde 1947, animó a los neoconservadores a abogar porque se elevaran los gastos militares de una

línea base de los niveles de 2007 de apenas 3.8% del producto interno bruto (PIB) a un nivel permanente de 4.5 o 6%.² Esta iniciativa, respaldada por la Fundación Heritage, el American Enterprise Institute y muchos “intelectuales de la defensa”, es notable por tres razones: primero, la idea de gastos militares permanentes en cuanto al nivel del PIB es nueva y audaz, porque está estructurada para ser *irreversible*; segundo, el concepto, como las llamadas reformas del Consenso de Washington, elimina del mundo político-económico la decisión pública de fondar el nivel de erogaciones militares, y lo reemplaza con un mandato en blanco; tercero, asevera que el sector militar no recibe suficientes fondos, aunque los gastos militares hayan aumentado año con año por más de una década.

A finales del 2000, George W. Bush fue elegido como presidente del Ejecutivo para el periodo 2001-2005. Los asesores de seguridad de mayor rango de Bush –Richard Cheney, Donald Rumsfeld (un nacionalista conservador) y Paul Wolfowitz (un neoconservador)– formaron la médula de lo que se conocería como los “Vulcanos”, los cuales no sólo querían grandes incrementos en los gastos militares (Johnson, 2004 y 2006; Kolko, 2006; Mann, 2004; Suskind, 2006), sino que, lo más importante, buscaban *emplear* las capacidades militares como su *opción de primer orden*. La primera reunión de gabinete del presidente Bush en 2001 fue dominada por los Vulcanos, quienes abogaron por la extensión del poder militar de EUA en Irak –más tarde conocido como “cambio de régimen” (Suskind, 2004)–. Los intelectuales neoconservadores de la defensa, entre ellos el hábil Richard Perle, buscaron entonces capturar el terreno de la “gran estrategia” (la combinación de políticas nacionales basada en la aplicación del poder militar como la primordial medida para lograr los fines de la política internacional y los objetivos económicos del Estado). Una gran estrategia enumera y da prioridad a las amenazas y aduce remedios políticos y militares para ellas, también explica por qué algunas amenazas alcanzan cierta prioridad, y por qué y cómo los remedios propuestos podrían funcionar (Posen, 2007: 6). Aunque son complementarias y acotadas a regiones, las “políticas geopolíticas buscan establecer un control nacional o imperial sobre el espacio y otros recursos, rutas, capacidad industrial y población que contiene el territorio” (Streusand, 2002: 41).

Perle, Wolfowitz, Rumsfeld y Cheney eran partidarios de traer nuevas ideas de gran estrategia y políticas geopolíticas a los más altos niveles de poder en EUA. Las ideas centristas/realistas más antiguas, comúnmente asociadas con escritos

² Línea base se refiere a las asignaciones militares anuales. Esto excluye los gastos relacionados, como aquellos dedicados a la seguridad de la patria y particularmente a “asignaciones suplementarias” que han sido utilizados desde 2001 para proveer fondos para las continuas guerras en Afganistán e Irak.

vinculados con el Consejo sobre Relaciones Exteriores, la Institución Brookings y otros centros convencionales de análisis de la Guerra Fría, fueron hechas a un lado; los hacedores clave de políticas en estos centros convencionales avanzaban hacia la nueva posición: una estrategia expansionista y unilateral.

Hay distinciones fundamentales que deben encontrarse respecto de la gran estrategia y las políticas geopolíticas y tienen que ver con el riesgo. Muchos realistas, como se ha observado, cambiaron hacia la posición nacionalista conservadora o hasta la neoconservadora al final de la Guerra Fría. Sin embargo, en el Pentágono permanece un núcleo importante –con una perspectiva más centrista convencional–, capaz y poderoso en la creación de la política militar estadounidense. Los intelectuales neoconservadores de la defensa, como Wolfowitz, ejercían dominio y dieron forma a importantes políticas del Pentágono sólo mientras sus jefes (en este caso Rumsfeld) fueran capaces de aferrarse al poder. En un nivel más fundamental, merece la pena hacer notar que los realistas de la persuasión centrista dentro de la élite del poder –particularmente importante dentro del Pentágono– fueron recelosos de las medidas aventuradas. Para estos realistas, sólo las intervenciones bien calculadas deben ser consideradas, y por lo general éstas están envueltas en formalidades multilaterales. De esta forma, en el mundo convencional del Pentágono, el fracaso, si ocurre, es compartido –o de preferencia se echa la culpa a otro– y el oprobio internacional queda diluido. Cuando el movimiento unilateral se considera necesario se hace un gran esfuerzo para emplear tácticas clandestinas. Con los eventos del 9/11 como blindaje, los neoconservadores asumieron que tenían un mandato para acciones de alto riesgo –unilaterales, si fuera necesario–. Mientras que los neoconservadores buscan el uso de la fuerza como una opción de primer orden, el vehículo para tal uso, los militares de EUA, ha tenido que aislar y contener a los que abogan por “hacer que haya un repliegue” (*rollback*) o por “dar el primer golpe” o pelear “guerras preventivas”. Por ende, aunque los neoconservadores obtuvieron la posición dominante para la creación de políticas frente a los liberales de la globalización, desde 1998 hasta los últimos meses de la administración de Bush hijo, ellos no desplazaron la tendencia realista en el Pentágono.

Gran estrategia y política geopolítica

Mientras los neoconservadores pierden terreno, cada día se tiende a desplazar el análisis del foco central a la perspectiva de la corriente dominante respecto al poder militar de EUA, esto es, de acuerdo con la gran estrategia, una política de “ampliación”, como lo mencionaron Brzezinski en 1997 y Anthony Lake, asesor

de seguridad nacional de Clinton, en 2003 (Foster, 2006: 10-11). Esta política de agrandar el círculo del poder estadounidense expresa lo que he llamado la política del *militarismo global* (Cypher, 1991), la cual ha evolucionado: ha sido aplicada con mayor determinación y alcance por realistas, liberales y neoconservadores, a partir de finales de los ochenta. Como Foster mantiene, el militarismo global es resultado de la reestructuración de la economía nacional a la luz de los menores márgenes de utilidad (ganancias) y de una mayor competencia económica internacional desde finales de 1970 hasta principios de los noventa (Foster, 2006: 11).

En el tratamiento realista se asume que todas las “grandes” naciones buscan una “parte desproporcionada” (palabras del capitán estadounidense Alfred Thayer Mahan en 1902) del comercio marítimo internacional, porque esto forma una base vital para la riqueza y la fuerza económica de una nación. Algunos observadores que recuerdan que Mahan vinculó el poder económico con el dominio en el comercio marítimo consideran que tal perspectiva podría parecer antigua y extraña en una era supuestamente compuesta de “economías basadas en el conocimiento”. Es importante observar que 90 por ciento de todo el comercio internacional, incluyendo el de recursos naturales vitales –en particular petróleo– se transporta por mar. La marina estadounidense es la esencia del poder marítimo, aquí definido como:

el control de las actividades y comercio internacional; el uso y el control de los recursos del océano; la operación de marinas en guerra; y el uso de marinas y poder económico marítimo como instrumentos de la diplomacia, disuasión, e influencia política en tiempos de paz [...] el poder marítimo nunca puede estar muy separado de sus fines geoeconómicos [...] envíos marítimos, operaciones de puertos de mar, recursos submarinos (como el petróleo), pesca y otras formas de comercio y comunicaciones [...] todas pueden ser vistas como integrales para el poder marítimo de la nación (Tangredi, 2002: 2).

La marina estadounidense se concibe a sí misma como la “única marina global que existe hoy en día” y “el punto de partida y la norma dominante para todas las cuestiones navales”, por ello proporciona un eje esencial entre el poder marítimo y la habilidad de participar con éxito en el proceso de “globalización”. El poder marítimo no es pasivo o meramente estructural, sino que condiciona la habilidad de una nación de controlar los recursos oceánicos y comprometerse en los circuitos de comercio y producción internacional. Igual de importante es que el poder marítimo acarrea la habilidad de proyectar poder *hacia* y *desde* el mar, con el fin de controlar o influenciar el curso de los hechos tanto en el agua como en la tierra. La marina de EUA es verdaderamente global; flotas importantes están

presentes de manera simultánea en el Mediterráneo, el Mar Árabe y el Pacífico del Oeste, “y tiene barcos individuales y escuadrones en casi toda ubicación importante” (Tangredi, 2002: 6; énfasis mío).³

¿Se mantiene el poder hegemónico?

Como afirma la marina estadounidense, hay vínculos directos entre los gastos militares de EUA y el poder *hegemónico* de la nación. Esta visión está en directa oposición con la mayoría de los intentos de analizar los gastos militares que comiencen con la premisa de que la producción de armas constituye *meramente una carga* sobre la economía, que reduce la competitividad nacional y las capacidades internacionales. Los argumentos desarrollados respecto al *papel funcional* de los gastos militares necesitan profundizarse para capturar el alcance de su interrelación con el mantenimiento y la expansión del poder hegemónico. El uso del poder en un área geopolítica redonda en maneras indirectas. En la medida en que EUA use el poder militar para controlar una región, como el Oriente Medio, el flujo de beneficios se dirige a Europa y Japón, los mayores compradores de petróleo de esa región. El beneficio para EUA es indirecto: un mayor acceso a los mercados de Europa y Japón, mayor habilidad para hacer inversiones extranjeras directas (IED) bajo términos favorables, mayor acceso a los mercados financieros o mayor flexibilidad en dichos mercados. Estos beneficios pueden tomar muchas otras formas, como un mejoramiento de la “buena voluntad” de los países aliados para seguir las iniciativas formadas en EUA en cuanto a políticas tomadas en las instituciones financieras internacionales o en la Organización Mundial del Comercio (OMC) o dentro de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE).

Al actuar EUA como el proveedor del “bien público” del poder militar, las políticas nacionales de otras naciones pueden ser moldeadas o influidas con más facilidad para que se adhieran a los objetivos diplomáticos estadounidenses o a las tácticas geoestratégicas de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN); la expansión de las políticas de la Unión Europea hacia China o Rusia, armamento espacial, aplicaciones tecnológicas a través de las fronteras, respaldo

³ Un nuevo mando militar regional de EUA, AFRICOM, fue anunciado en 2007. Este mando aportará un mayor poder marítimo en los mares que rodean África. En 2008, la marina estadounidense anunció el rejuvenecimiento de la Cuarta Flota, que se debía asignar al Comando del Sur, para en un caso dado ampliar el alcance de la proyección del poder marítimo hasta el Atlántico y el Pacífico, en las costas del este y el oeste de América Latina.

neoliberal para tratados de libre comercio y mucho más. Gran parte del beneficio externo de elevados montos de gasto militar presumiblemente fluirá en una dirección: Norte-Sur, otorgando ventajas a EUA y un acceso favorable (sobre todo a minerales vitales y otros recursos) que, de lo contrario, no estarían disponibles. Compartir tecnología en la esfera militar puede traducirse en mejor acceso o mejor tratamiento fiscal para las corporaciones con base en EUA.

El poder también se relaciona con impedimentos de políticas y acciones de parte de otras naciones que son proclives a oponerse a los fines y políticas de EUA. El poder militar, por lo tanto, es fungible. Proporcionar el “bien público” de la “estabilidad” militar-naval es benéfico directa e indirectamente (por medio de acciones asimétricas, recíprocas o de acción responsiva de otras naciones) para el sistema económico estadounidense. El poder hegemónico es, entonces –por lo menos hasta un grado importante–, autogenerador. Un círculo “virtuoso”, desde la perspectiva hegemónica del poder, es puesto en marcha mediante su “desinteresada” provisión de funciones de “defensa” en la arena internacional.

Estos “eventos externos” que le ocurrieron a EUA, como un residuo colateral de los gastos militares, son extremadamente importantes, porque sin ellos habría una alta probabilidad de perder las múltiples ventajas que disfrutó el que ostentaba el poder hegemónico. Éste es el caso, sobre todo porque la mayoría de los otros registros de poder hegemónico se están saliendo del control de EUA. Entre ellos estaban: el control de las materias primas en el comercio mundial, mantener la posición más significativa en la inversión extranjera, alcanzar el dominio en los mercados financieros y mantener la moneda dominante o “clave” (Keohane, 1991).

Los estadounidenses perdieron su autosuficiencia en la producción de petróleo hace sólo medio siglo. Cada año, su requisito de importación de petróleo se eleva y no ha desarrollado una política de combustibles alternos. En cuanto a la inversión, el cuadro 1 ilustra el declive de las corporaciones de EUA. Esto queda reforzado por una tendencia halagüeña.

En 1980, EUA contaba con 217 de las corporaciones más grandes en el mundo, mientras que en 2005 el número se había reducido a 170, poco más de las 165 asociadas con la Unión Europea (Fry, 2007: 3). Ahora, en el mundo financiero está ampliamente aceptado que Londres empieza a rivalizar con Nueva York como la capital financiera de la economía mundial. Una medida utilizada para capturar esta tendencia es que la parte de los activos de fondos de cobertura de Londres se ha elevado de 12% en 2002 a 26% en 2006. Mientras tanto, la parte de EUA ha caído en picada de 82 a 63% en 2006 (*The New York Times*, 2007). Los mercados financieros se han visto afectados por repetidas olas de turbulencia desde la ruptura de la estrategia del mercado de subprimas ideado por los bancos

CUADRO 1
 Proporción total acumulativa de la inversión extranjera directa (IED)
 (porcentaje del total mundial)

País	1914	1960	1978	1992	2000	2008
Francia	13.3	0.1	3.8	8.3	8.3	8.0
Alemania	10.5	1.2	7.3	9.2	7.4	9.1
Japón	0.1	0.7	6.8	13.0	4.7	3.6
Reino Unido	45.5	16.2	12.9	11.4	15.0	11.6
Estados Unidos	16.5	49.2	41.4	25.3	20.8	19.2

Fuente: UNCTAD (1994: 131; 2001: 307; 2006: 303).

de inversión de Wall Street en agosto de 2007. A partir de esa fecha, en cada momento de incertidumbre crecen los incentivos para cambiar el capital financiero a la ciudad de Londres, como bien lo saben los que establecen la política británica. Londres está haciendo todo lo que puede para (discreta y exitosamente) socavar la hegemonía financiera de EUA, quien se ha convertido en la nación más deudora del mundo –una posición de activos extranjeros de 2.7 mil billones (negativa) se registró en 2005–. En 1980, los activos que poseía en el exterior excedían los activos propiedad de extranjeros en EUA en una proporción de casi 2:1 (Fry, 2007: 3). Para finales de 2007, los ministros de finanzas del G-7 y los gobernadores de los bancos centrales habían llegado a un consenso de que la depreciación competitiva del dólar estadounidense en el periodo 2005-2007 tendría que ser tratada (Bennhold y Castle, 2007). Los datos de un año y medio antes iluminaban una tendencia financiera que sólo se podía acelerar: en 2000, 55% de las posesiones de moneda extranjera estaba en dólares estadounidenses, pero para principios de 2006 esta cifra había caído a 44%, mientras que el valor total de los bonos corporativos denominados en euros excedía al de los denominados en dólares (Fry, 2007: 19). Por las normas ampliamente aceptadas de Robert Keohane, EUA no debía ser ahora, o pronto, el poder hegemónico.

Este cálculo, sin embargo, no considera el papel crucial del poder militar en la sustentabilidad de la posición hegemónica. *Como las variables del poder económico se mueven todas en contra de EUA, el nivel relativo del poder militar se eleva.* EUA ha desarrollado durante más de medio siglo una cuidadosa ventaja cultivada mediante la producción de armamentos y la proyección de poder. Este contrapeso a su pérdida económica relativa en la arena internacional no ha sido incorporado lo suficiente en los análisis de la economía política internacional.

El presidente Obama

Ahora es demasiado pronto para entender la naturaleza de la política militar emergente del presidente Obama,⁴ lo que se conoce sugiere que la continuidad, en vez de un cambio fundamental, definirá su administración. En un aspecto relevante, con todo, Obama volverá el Estado de seguridad nacional a su postura de largo plazo, acarreado el uso calculado de la proyección del poder militar. Las guerras preventivas de elección dejarán de ser el pivote de la política. No obstante, los diseños de Obama sobre el Estado de seguridad nacional señalan un compromiso plurianual para buscar la victoria militar en Afganistán y una voluntad de llevar el conflicto armado a las regiones fronterizas de Pakistán. Sólo por el impacto de la severa crisis económica/financiera, que comenzó a principios del verano de 2007, se podría concebir que se llegaría a una reducción en el gasto militar. En este contexto, los críticos han argumentado durante largo tiempo que los gastos militares son formas débiles del estímulo económico (Pollin y Garrett-Peltier, 2007; Foster y McChesney, 2009: 8-9). Empero, el Implan (modelo insumo/producto de la economía estadounidense) muestra que por cada mil millones de dólares adicionales en el gasto militar se generan al menos entre 27 mil y 30 mil empleos (suponiendo un efecto multiplicador indirecto representativo no calculado por Implan) (Implan, 2006). Otras formas sociales del gasto, tales como la educación, producen multiplicadores de empleos *menos de diez por ciento mayor*. Mas las escuelas primarias no poseen las “externalidades” que induce el gasto militar, como se ha comentado. Además, el gasto militar es único en su alcance –se pueden construir armas y luego declararlas “obsoletas” y convertirlas en chatarra para dejar el camino a mayores gastos militares al estilo keynesiano, en el contexto de una profunda crisis de sobreproducción. No es así con las escuelas.

Los nombramientos de Obama a los puestos clave dentro del Estado de seguridad nacional reflejan el retorno del segmento realista de los creadores de las políticas, con una fuerte orientación hacia una priorización deliberada de la proyección de poder; por ejemplo, el general Jones, un antiguo comandante del cuerpo de la marina, fue nombrado asesor de Seguridad Nacional (con frecuencia vista como la segunda posición más poderosa del Estado). Robert Gates, el secretario de Defensa realista de Bush, recibió la ratificación de su puesto en medio del cambio de poder presidencial por primera vez en la historia de EUA.

⁴ Esta sección fue elaborada en enero de 2009, después de la elección pero antes de la toma de poder del presidente Obama.

La segunda posición en el rango en el Pentágono ha sido dada al jefe de cabildero de Raytheon Corporation (Raytheon era el contratista en el quinto puesto de la clasificación del Pentágono en 2007). El tercer lugar en importancia lo ocupa el subsecretario de Defensa para Política, Michèle Flournoy, un antiguo oficial realista de alto nivel del Departamento de Defensa en la administración de Clinton. En 2008, Flournoy argumentó que “Los Estados Unidos deben prepararse para una amplia gama de futuras contingencias, desde misiones de guerra de unidades pequeñas sostenidas, hasta las misiones de guerra más importantes en contra de poderes regionales armados con armamento de destrucción masiva y otros medios asimétricos” (Flournoy, 2008: 1). Mientras tanto, la nueva secretaria de Estado (la señora Clinton) ha propuesto la idea de “poder inteligente”, combinando el poder militar y el económico con “poder blando”. Después de que la crisis económica se profundizara en 2009 y Obama agotara rápidamente su programa keynesiano de “estímulo” de 787 mil millones, y de que se ampliara la guerra de EUA en Afganistán, las fuerzas estructurales económicas y geopolíticas quizá impulsen de nuevo un gasto militar más alto.

El programa de “estímulo” pagó un enganche sobre esta tendencia con los 20.16 mil millones asignados al sector militar. Al abandonar las políticas del “régimen de cambio”, la “construcción de la nación” y guerras preventivas de elección, de la era neoconservadora, Obama ha aceptado los imperativos estructurales del proyecto imperial, continuando con el *militarismo global* y el gasto militar contracíclico keynesiano. No obstante, como a principios de los años noventa, si existe el temor a financiar una escalada de la deuda nacional en ascenso, los gastos militares podrían ser moderados en los meses finales del primer término de la administración de Obama.

Bibliografía

Bennhold, Katrin y Stephen Castle

2007 “Europeans Toughen Line on the Dollar’s Weakness”, en *The New York Times*, 5 de diciembre, p. C10.

Cypher, James

1981 “The Basic Economics of Rearming America”, en *Monthly Review*, vol. 33, núm. 6, noviembre, pp. 11-27.

1991 “Military Spending After the Cold War”, en *Journal of Economic Issues*, vol. XXV, junio, pp. 607-616.

1992 “Institutions, Arms Spending and the State”, en William Dugger y William Waller (eds.), *The Stratified State*, M. E. Sharpe, Armonk, pp. 217-243.

- 2002 "Tendencias a la crisis en los noventa: ¿obstáculos a la ideología de la globalización?", en Jorge Basave *et al.* (coords.), *Globalización y alternativas incluyentes para el siglo XXI*, Miguel Ángel Porrúa, México, pp. 189-213.
- Flournoy, Michèle
2008 *Strengthening the Readiness of the U.S. Military. Prepared Statement of Michèle A. Flournoy*, Center for a New American Security, Washington, 14 de febrero, 9 pp.
- Foster, John Bellamy
2006 "A Warning to Africa: The New U.S. Imperial Grand Strategy", en *Monthly Review*, vol. 58, núm. 2, junio, pp. 1-12.
- Foster, John Bellamy y Robert McChesney
2009 "A New New Deal Under Obama?", en *Monthly Review*, vol. 60, núm. 9, febrero, pp. 1-11.
- Fry, Earl H.
2007 "The Decline of the American Superpower", en *The Forum*, vol. 5, núm. 2, Berkeley Electronic Press <http://www.bepress.com/forum/vol5/iss2/art3>.
- Halliday, Fred
1983 *The Making of the Second Cold War*, Verso, Londres.
- Hurst, Steven
2005 "Myths of Neoconservatism", en *International Politics*, vol. 42, núm. 1, pp. 75-96.
- Implan
2006 *Implan Multipliers*, 2006, Implan Group, Stillwater.
- Johnson, Chalmers
2004 *The Sorrows of Empire*, Metropolitan Books, Nueva York.
2006 *Nemesis*, Metropolitan Books, Nueva York.
- Keohane, Robert
1991 "The Theory of Hegemonic Stability", en George Crane y Abla Amawi (eds.), *The Theoretical Evolution of International Political Economy*, Oxford University Press, Oxford, pp. 245-262.
- Kolko, Gabriel
2006 *The Age of War*, Lynne Rienner, Boulder.
- Mann, James
2004 *Rise of the Vulcans*, Viking, Nueva York.
- McDonough, Terrence, *et al.* (eds.)
2006 *Growth and Crisis, Social Structure of Accumulation: Theory and Analysis*, Social Sciences Research Centre & Centre for Innovation & Structural Change, National University of Ireland, Galway <http://www.nuigalway.ie/ssrc/documents/SSA_Conference_E-Book.pdf>.

Pollin, Robert y Heidi Garrett-Peltier

- 2007 *The Employment Effects of Downsizing the U.S. Military*, Political Economy Research Institute-University of Massachusetts (Workingpaper Series, 152) Amherst <http://www.peri.umass.edu/fileadmin/pdf/working_papers/working_papers_151-200/WP152-pdf>.

Posen, Barry R.

- 2007 "The Case for Restraint", en *The American Interest Online*, vol. 3, núm. 2, noviembre-diciembre <<http://www.the-american-interest.com/article.cfm?piece=331>>.

Rothburn, Barry

- 2008 "Does One Right Make a Realist?", en *Political Science Quarterly*, vol. 123, núm. 2, pp. 271-299.

Streusand, Douglas

- 2002 "Geopolitics vs. Globalization", en Sam Tangredi (ed.), *Globalization and Maritime Power*, National Defense University Press, Washington, D. C., pp. 41-56 <<http://es.scribd.com/doc/47809705/Globalization-and-Maritime-Power-2002>>.

Suskind, Ron

- 2004 *The Price of Loyalty*, Simon and Schuster, Nueva York.
2006 *The One Percent Doctrine*, Simon and Schuster, Nueva York.

Tangredi, Sam

- 2002 "Globalization and Sea Power", en Sam Tangredi (ed.), *Globalization and Maritime Power*, National Defense University Press, Washington, D. C., pp. 1-26 <<http://es.scribd.com/doc/47809705/Globalization-and-Maritime-Power-2002>>.

The New York Times

- 2007 "Back of the Envelope", en *The New York Times*, 4 de abril, p. C6.

Turse, Nick

- 2008 *The Complex*, Metropolitan Books, Nueva York.

UNCTAD

Varios años *World Investment Report*, Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, Ginebra.